

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

Los fragmentos del Cantar proceden de la edición modernizada de Francisco López Estrada: *Poema de Mío Cid*, Madrid, Castalia, Odres Nuevos, 1996.

TOMA DE CASTEJÓN VV 414-541

[...]

Un día queda de plazo, sabed que ninguno más.
Allá en la Sierra de Miedes ellos fueron a posar.
A diestra, en poder de moros, las torres de Atienza están.
Aún con la luz del día, antes de ponerse el sol,
mandó sus gentes contar nuestro Cid Campeador.
Sin los grupos de peones, que son hombres de valor,
alistó trescientas lanzas, todas ellas con pendón.
—Dad temprano la cebada. ¡Que Dios os quiera salvar!
El que quisiere, que coma, y el que no, a cabalgar.
Pasaremos hoy la sierra, un grande y fiero lugar.
La tierra del Rey Alfonso esta noche acabará.
Después el que nos buscare nos podrá bien encontrar.
De noche pasan la sierra, y por la mañana están
en la cima, y hacia abajo comienzan a caminar.
En medio de una montaña grande, de maravillar,
mandó el Cid que den cebada y descansen en el lugar.
Dijo a todos que él quería por la noche cabalgar.
Son tan buenos sus vasallos, que de corazón lo harán:
cuanto mande su señor, todo lo que diga harán.
Antes que la noche venga, encima el caballo están.
Lo hace el Cid para que así no descubran dónde van.
Anduvieron por la noche, y descanso no se dan.
Donde dicen Castejón, que en el Henares está,
nuestro Cid se echó en celada con cuantos que con él van.
Y toda la noche el Cid vigila aquella celada,
según lo que le aconseja Alvar Fáñez el Minaya.
—¡Sabed, Cid, que fue en buen hora la que os ciñeron la espada!
Un ciento queden con vos de los que nos acompañan,
pues que hemos a Castejón de poner aquí en celada,
[para con ellos cubrir en el combate la zaga.
Dadme a mí otros doscientos para correr en algara.
Con Dios y con vuestra suerte lograremos gran ganancia.
Dijo así el Campeador: —Bien que lo hablasteis, Minaya.]
Vos tomad a los doscientos; id con ellos en algara.
Vaya con vos Alvar Alvarez, y Salvadores sin falta,
y también Galindo García, que es una valiente lanza.
Estos buenos caballeros que acompañen a Minaya.
Corred de osada manera; por miedo no dejéis nada.
Llegad más abajo de Hita, seguid por Guadalajara.
No paréis hasta Alcalá, que allí lleguen las algaras.
Las presas queden bien hechas y asegurad las ganancias,
que por miedo de los moros no dejéis de perder nada;
en tanto, yo con los ciento aquí quedaré en la zaga.
Ganaré yo a Castejón, que nos valdrá como guarda.
Si algún cuidado tuvierais en el curso de la algara,
haced que a mí me lo digan en seguida aquí a la zaga.
¡Y del socorro que os dé, han de hablar en toda España!

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

Nombrados han sido ya los que irán en esa algara,
y los que con nuestro Cid han de quedar en la zaga.
El alba rompe la noche y va entrando la mañana.
Sale el sol por el oriente. ¡Oh Dios, qué hermoso apuntaba!
Es la hora que en Castejón todos allí se levantan.
Abren entonces las puertas, y se salen de sus casas
por ir a ver sus labores y las tierras que cuidaban.
Fuera se salieron todos, y las puertas quedan francas.
Poca es la gente que hay dentro en Castejón ocupada,
y las más, por todas partes, están fuera derramadas.
En esto el Campeador se salió de la celada.
Los campos de Castejón, el Cid los corre sin falla.
A los moros y a las moras los tomaba de ganancia,
y con ellos sus ganados, y cuanto en torno encontraba.
Don Rodrigo, nuestro Cid, hacia la puerta cabalga.
Los que la entrada vigilan, cuando ven que los asaltan,
tuvieron miedo y dejaron la puerta desamparada.
Nuestro Cid Rodrigo Díaz por las puertas él se entraba;
en su mano victoriosa desnuda trae la espada.
Muertos yacen quince moros a los que su espada alcanza.
-Así ganó a Castejón y ganó el oro y la plata.
Sus caballeros al punto lléganse con la ganancia;
a dejan a nuestro Cid, pues no la precian en nada.
Volvamos a los doscientos y tres que van en algara.
Sin vacilar ellos corren [por la tierra saqueándola.]
Llegaron hasta Alcalá las enseñas del Minaya,
y entonces desde aquel punto tórnanse con la ganancia,
por el Henares arriba y así por Guadalajara.
Es mucho lo que allí traen; grandes fueron las ganancias.
Ganados en abundancia de ovejas, y también vacas;
muchas, ropas, y también otras más riquezas varias.
En alto erguidas ondean las enseñas del Minaya.
No se atreve allí ninguno a atacarlos por la zaga.
Con lo que tienen, se vuelve la compañía de lanzas.
A Castejón ved que llegan en donde ya el Cid estaba.
Puesto el castillo en seguro, el Campeador cabalga.
Saliólos a recibir, marcha con él su mesnada.
Y con los brazos abiertos saluda a su buen Minaya:
—Alvar Fuñes ¿ya venís? ¡Sois una -Doliente lanza!
Donde quiera que os envíe, sé que cumplís la esperanza.
Lo vuestro a lo nuestro júntese, [y de toda la ganancia]
la quinta parte os otorgo si la quisieréis, Minaya.
—Mucho os lo agradezco, Cid, Campeador tan nombrado.
Del don de la quinta parte, que aquí me habéis otorgado,
contentaríase de él hasta Alfonso el Castellano.
Yo, Cid, esto en vos renuncio; quede todo dispensado.
Y ante Dios aquí prometo, ante Aquél que está allá en alto,
que hasta no haberme sentido contento en mi buen caballo,
peleando con los moros en combates por el campo,
la lanza bien empleada, y a la espada meta mano,
y me baje por el codo la sangre destelleando,
y esto sea ante Ruy Díaz, el luchador afamado,
que no tomaré de vos ni siquiera un cuarto falso.

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

Y lo que por mí ganareis, cualquier cosa que valga algo,
todo lo que se reúna, dejólo yo en vuestras manos.
Las ganancias que cogieron quedaron amontonadas.
Quedóse pensando el Cid, que en buen hora ciñó espada,
en el rey Alfonso, y en que llegarían sus compañías,
que le buscaría mal y con él, a sus mesnadas.
Mandó que se repartiese todo aquel botín sin falta,
y que los repartidores cuentas re diesen por carta.
Sus caballeros, contentos, como si a buen puerto arribaran,
y a todos ellos les tocan cien marcos de los de plata,
y a los peones les dieron la mitad justa y sin falta.
El quinto de todo aquello en poder del Cid quedaba.
Su parte allí no podía ni venderla ni donarla.
Ni cautivos ni cautivas quiso que le acompañaran.
Habló a los de Castejón y a Hita y Guadalajara,
y les dijo que su quinto por cuánto se lo compraban,
aunque en lo que allí le dieran, obtuviesen gran ganancia.
Apreciáronlo los moros en tres mil marcos de plata.
Nuestro Cid aceptó el trato, y da por buena la tasa.
Al tercer día los marcos le fueron dados sin falta.
Juzgó entonces nuestro Cid y los que le acompañaban
que el castillo no era bueno para servir de morada;
sí podrían conservarlo, pero no tendrían agua.
—Ya en paz los moros están y escritas quedan las cartas.
Buscaríanos el Rey Alfonso con sus mesnadas.
Dejar quiero Castejón. Todos oídme, y Minaya.
Cuanto yo os dijere aquí, no me lo toméis a mal.
En Castejón no podríamos sostenernos mucho más.
Cerca queda el Rey Alfonso, y nos vendría a buscar.
Pero el castillo, en que estamos yo no lo quiero asolar.
A cien moros y a cien moras libertad les quiero dar.
Por cuanto de ellos tomé, que de mí no digan mal.
Vosotros tenéis ganancias; nadie queda por pagar.
Mañana por la mañana, en seguida, a cabalgar.
Con mi señor don Alfonso no quisiera pelear.
Lo que nuestro Cid les dijo, complace a los que allí están.
Del castillo que tomaron todos ricos parten ya,
y los moros y las moras bendiciéndolos están.
[...]

TOMA DE ALCOCER VV. 553-622

[...]
y a la vista de Alcocer el Cid ordena acampar
en un otero redondo, un fuerte y grande lugar.
Cerca el río Jalón corre; de agua no le privarán.
Nuestro Cid Rodrigo Díaz Alcocer piensa ganar.
Bien se asienta en el otero y firme las tiendas planta:
Los unos frente a la sierra, y los otros frente al agua.
Y el Cid, vencedor de lides, que en buen hora ciñó espada,
alrededor del otero, cerca donde corre el agua,
a todas las gentes suyas un foso cavar les manda,
ni de día ni de noche que sorpresa no les valga

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

y que supiesen que el Cid allí en el lugar quedaba.
Por todas aquellas tierras pronto corrían mandados
que ese Cid Campeador, allí se había asentado,
que vino a tierra de moros, saliéndose de cristianos.
Por aquellas vecindades ya no se cuidan los campos.
Alegrándose va el Cid, también todos sus vasallos.
El castillo de Alcocer ya va sus parias pagando.
Los del pueblo de Alcocer a nuestro Cid dan las parias,
y los de Ateca, también, y los de Terrer las pagan.
A los de Calatayud mucho, sabed, les pesaba.
Ha descansado allí el Cid quince cumplidas semanas.
Cuando vio el Campeador que Alcocer no se le daba,
ocuriósele un ardid, y sin tardar lo prepara:
plantada deja una tienda, y las otras levantaba.
Jalón abajo siguió con la enseña levantada;
vestidos con las lorigas y en el cinto las espadas,
acuerdo de hombre avisado, porque en la celada caigan.
Al verlo los de Alcocer ¡oh Dios, cómo se alababan!
—¡Qué bien que al Cid le faltó así pan como cebada!
Las tiendas con pena lleva; una deja abandonada.
De tal modo se va el Cid, que parece que se escapa.
Si le salimos al paso, mucha será la ganancia;
y conviene que sea antes que gente de Terrer lo haga,
[pues si ellos la tomasen,] no quemar darnos nada.
La paria que él nos tomó nos la volverá doblada.
Salieron los de Alcocer con prisas que ellos no usaban.
Nuestro Cid, al verlos fuera, hizo como si escapara.
Llevólos Jalón abajo; la pelea es empeñada.
Ya gritan los de Alcocer: —¡Que se nos va la ganancia!
Tanto grandes como chicos salen fuera las murallas;
con el gusto de la presa ya no se acuerdan de nada;
abiertas dejan las puertas que ninguno allí las guarda.
El Cid, buen Campeador, vuelve para atrás la cara;
vio que entre ellos y el castillo un gran espacio quedaba.
Mandó volver la bandera y el espolón apretaba:
—¡Heridlos, mis caballeros, sin temor tomad las armas;
con la gracia del Señor nuestra será la ganancia!
Vueltos, con ellos se enfrentan en medio la parte llana.
¡Oh Dios, qué bueno es el gozo que sienten esta mañana!
Don Rodrigo y Alvar Fáñez los primeros aguijaban;
tienen muy buenos caballos; a su gusto, sabed, andan.
Entre ellos y el castillo entraron allí en batalla,
y los vasallos del Cid sin piedad los golpes daban;
en un poco de lugar a trescientos moros matan.
Dando grandes alaridos los que están en la emboscada
los van dejando delante, y hacia el castillo se marchan;
con las espadas desnudas al punto la puerta ganan.
Pronto llegaron los otros terminada la batalla.
Nuestro Cid ganó Alcocer; sabed que por esta maña.
Allá fue Pedro Bermúdez que la enseña tiene en mano
muy arriba la coloca, allí en todo lo más alto.
Habló el Cid Rodrigo Díaz, el que nació afortunado:
—Gracias al Dios de los cielos, gracias a todos los santos;

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

ya habrá mejor acomodo para dueños y caballos.
Oídme vos, Alvar Fáñez, y todos los caballeros.
Sabéis que en este castillo grandes presas hemos hecho.
Ya los moros quedan muertos, y vivos bien pocos veo.
Y los que quedan con vida, a quien vender no tenemos.
Si cortamos sus cabezas, nada en ello ganaremos.
Dejémoslos en el pueblo, pues el señorío es nuestro;
posaremos en sus casas, y de ellos nos serviremos.
[...]

BATALLA DE VALENCIA VV. 1106-1280

[...]
A menos que haya batalla, esto no se ha de acabar.
Que los avisen a todos los que nos han de ayudar:
Los unos vayan a Jérica, y los otros a Olocau;
para Onda salgan algunos, y otros a Almenara irán.
Decid a los de Burriana que pronto vengan acá.
Con todos comenzaremos la que será lid campal.
Por Dios, yo confío que ellos nuestra fuerza crecerán.
Al cabo del tercer día todos juntos allí están.
El que en buen hora ha nacido así les comenzó a hablar:
—Oíd, mesnadas, que a todos salve el Creador de mal.
Después que salidos fuimos de la limpia Cristiandad
(y no salimos de grado, que no se pudo hacer más)
lo nuestro, gracias a Dios, no hizo sino aumentar.
Ahora los de Valencia nos han venido a cercar;
si en estas tierras nosotros queremos aquí quedar,
con una muy firme mano los hemos 'de escarmentar.
67 Dejad que pase la noche y que venga la mañana.
Tened todos preparados los caballos y las armas.
Iremos a ver qué pasa por donde su gente acampa.
Somos hombres desterrados, y estamos en tierra extraña.
Bien se verá en este caso quién se merece la paga.
68 Oíd lo que entonces dijo Alvar Fáñez el leal:
—Campeador, lo que os plazca harémoslo, sin dudar.
Dadme a mi cien caballeros, que no pido ni uno más;
vos con los otros que queden marchad delante a luchar.
Acometed con denuedo, hacedlo sin vacilar;
y yo con los otros ciento por la otra parte he de entrar.
Puesta en Dios la confianza, el campo nuestro será.
Tal como Alvar se lo ha dicho, al Cid complace en verdad.
Cuando vino la mañana se comenzaron a armar;
Cada uno de ellos bien sabe cómo se ha de comportar.
Con los primeros albores el Cid sale a batallar:
—¡En nombre del Creador, y por Santiago, luchad!
¡Al combate, caballeros, con la mejor voluntad,
que yo soy Rodrigo Díaz, soy el Cid, el de Vivar!
¡Cuántas cuerdas de las tiendas allí veriais cortar;
derríbanse las estacas, las tiendas al suelo van!
Los moros son en gran número, y se quieren recobrar.
Alvar Fáñez entra firme por la otra parte a luchar.
Aunque les pesa, o huyen o se tienen que entregar;
sólo a trote de caballo consigue alguno escapar.

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

Dos de los caudillos moros lograron allí matar
en la caza, que persiguen hasta Valencia alcanzar.
Grandes fueron las ganancias que allí pudo el Cid juntar;
saquearon todo el campo, y pronto acuerdan regresar.
Con las ganancias que llevan en Murviedro van a entrar.
Grande es el gozo que sienten y que va por el lugar.
Tomaron luego a Cebolla, y cuanto delante está.
Miedo tienen en Valencia, y no saben lo que harán.
Las nuevas de nuestro Cid, sabed que sonando van.
¡Sonando ya van sus nuevas, más allá del mar traspasan!
El Cid se sentía alegre, con él todas sus mesnadas,
que Dios ayuda le ha dado, y ha vencido en la batalla.
Salían sus caballeros, y por la noche atacaban.
Así llegan a Cullera, así llegan hasta Játiva,
y más abajo, allí donde de Denia estaban las casas.
junto al mar, tierra de moros, duramente la quebranta.
Ganaron Benicadell, y sus salidas y entradas.
Cuando de Benicadell el Campeador se apodera,
bien que en Játiva lo sienten, y también dentro en Cullera.
No es recatado dolor el que sienten en Valencia.
Cogiendo en tierra de moros, y las ganancias juntando,
y durmiendo por el día y por las noches, velando,
en tomar aquellas villas nuestro Cid pasó tres años.
Ya las gentes de Valencia escarmentadas están;
no se atreven a salir ni quieren irle a encontrar.
Las huertas se las talaba, y les hacía gran mal.
En estos años el Cid no les dejó cosechar.
Se quejan los de Valencia, y no saben lo que harán.
De parte alguna el sustento no les podía llegar.
El padre no ampara al hijo, ni éste a aquél socorro da,
pues ni amigos con amigos no se pueden consolar.
¡Un gran cuidado es, señores, el tener falta de pan,
y los hijos y mujeres ver que de hambre morirán!
Creciendo ven su dolor, no se pueden remediar.
Y cuando al rey de Marruecos ellos mandaron buscar,
con el de los Montes Claros les dice que en guerra está:
no les puede dar socorro, ni venirlos a ayudar.
Nuestro Cid supo estas nuevas, cordial contento le da.
Una noche, de Murviedro, salió de allí a cabalgar.
A nuestro Cid amanecióle en tierras de Monreal.
Por Navarra y Aragón este pregón mandó echar,
y por tierras de Castilla también sus mensajes van:
«Quien quiera dejar cuidados y enriquecer su caudal,
que se venga con el Cid, si gusta de cabalgar.
Para darla a los cristianos quiere a Valencia cercar.
Quien quiera venir conmigo para cercar a Valencia
(vengan todos por su gusto, ninguno lo haga por fuerza)
tres días lo esperaré aquí en el canal de Celia.»
Esto dijo nuestro Cid, [el Campeador leal.]
Fuese otra vez a Murviedro, que ganada tiene ya.
Los pregones se dijeron, sabed, en todo lugar.
Al sabor de la ganancia no se quieren retrasar;
muchas gentes se le acogen de la buena Cristiandad.

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

En riquezas va creciendo nuestro Cid, el de Vivar.
Cuando su hueste vio junta, empezóse a contentar.
El Cid, don Rodrigo Díaz, no lo quiso retrasar.
Dirigióse hacia Valencia, y sobre ella se va a echar;
bien la cerca nuestro Cid, ningún ardid vale allá:
impedíales salir sin dejar a nadie entrar.
¡Sonando ya van sus nuevas todas en todo lugar!
Más le vienen al Cid nuestro, sabed, que no se le van.
A Valencia da una tregua por si la van a ayudar.
Enteros los nueve meses, sabed que sobre ella está,
y cuando el décimo vino se la tuvieron que dar.
¡Sí que son grandes los gozos que van por aquel lugar,
cuando el Cid ganó a Valencia y se entró por la ciudad!
Los que iban a pie, los tienen como caballeros ya,
y el oro y la plata suyos ¿quién los podría contar?
Con esto quedaron ricos todos cuantos allí están,
y nuestro Cid don Rodrigo su quinto mandó apartar:
de riquezas en moneda, treinta mil marcos le dan,
y de las otras riquezas ¿quién las podría contar?
¡Qué alegre el Campeador y los que con él están
viendo en lo alto del alcázar la enseña del capitán!
Descansaba nuestro Cid y lo hacían sus mesnadas.
Al Rey que había en Sevilla un mensaje le llegaba:
que tomada fue Valencia sin que pudieran guardarla.
Entonces él acudió con treinta mil hombres de armas.
Allí cerca de las huertas tuvieron los dos batalla.
Desbaratólos el Cid, el de la crecida barba;
hasta allá, dentro de Játiva, la acometida alcanzaba.
Al pasar el río Júcar ved qué reñida batalla;
y los moros acosados sin querer beben el agua.
El Rey aquel [de Sevilla] con tres heridas escapa.
Desde allí se vuelve el Cid con las riquezas ganadas;
buen golpe fue el de Valencia al ser la ciudad tomada;
mucho más fue, y que se sepa, provechosa esta batalla.
A cada uno del común tocan cien marcos de plata.
¡Las nuevas del caballero ya veis adonde llegaban!
Hay una gran alegría entre todos los cristianos
que están con el Cid Ruy Díaz, el que nació afortunado.
¡Cómo crece al Cid la barba! ¡Cómo mira su cuidado!
Fue entonces cuando el Cid dijo, ¡y que lo dijo bien claro!:
—Por amor del Rey Alfonso, que de la tierra me ha echado,
no entrará en ella tijera ni un pelo será cortado.
Y que todos hablen de esto, los moros y los cristianos.
Nuestro Cid Rodrigo Díaz en Valencia se está holgando;
con él Minaya Alvar Fáñez que no se va de su lado.
Los que dejaron la tierra van de riqueza sobrados;
a todos les dio en Valencia [el Campeador nombrado]
bienes, casas y heredades, de que contentos quedaron.
De su amor el Cid Ruy Díaz buenas pruebas les va dando.
Los que después a él vinieron también su premio cobraron.
Pudo ver el Cid que algunos de los que ricos quedaron,
si pudiesen, volverían a su tierra de buen grado.
Y esto mandó nuestro Cid, el Minaya aconsejándolo:

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

que si alguno de sus hombres, [de los que bienes ganaron]
no se despidiese de él y no besase su mano,
si lo pudiesen prender, en donde fuese alcanzado,
que tomasen las riquezas y lo colgasen de un árbol.
He aquí que lo dispuesto ha quedado asegurado,
y con Minaya Alvar Fáñez él se sigue aconsejando:
—Si os parece bien, Minaya, quiero que sean contados
cuántos son los que aquí están y por mí bienes ganaron;
que los pongan por escrito y cuántos sean, sepamos.
Y el que a escondidas se fuere o si de menos lo hallamos,
sus riquezas volverá para estos, mis vasallos,
los que guardan a Valencia, y sus cercas van rondando.
Allí contestó el Minaya: —Eso está muy bien pensado.
77 A su corte mandó a todos que se vengan a juntar.
Cuando allí se reunieron, lista les hizo pasar:
tres mil seiscientos tenía nuestro Cid, el de Vivar.
Se le alegra el corazón y otra vez sonríe ya:
—Gracias a Dios y a su Madre, buen Minaya, hemos de dar.
Con muy pocos nos salimos de la casa de Vivar.
Ahora ya somos ricos, y aún hemos de tener más.
Si a vos os place, Minaya, y esto no os ha de pesar,
os quiero enviar a Castilla donde está nuestra heredad.
Al Rey Alfonso, que él es de mí señor natural,
de estas ganancias habidas en nuestros hechos de acá,
quiero darle cien caballos. Idselos vos a llevar.
Por mí besadle la mano, y firme se lo rogáis
para que a doña Jimena y a mis hijas, que allá están,
si así fuese su merced, que os las deje él sacar.
Enviaría por ellas, sabed vos mi voluntad:
Por mi mujer y mis hijas, niñas de tan poca edad,
de manera irán por ellas que con gran honra vendrán
[...]

DEFENSA DE VALENCIA vv. 1620-1740

[...]

Ahora quiero contaros noticias de allende el mar,
de Yúsuf, aquel Rey moro, el que en Marruecos está.
Furioso estaba el Rey moro por nuestro Cid don Rodrigo:
—¡Que en tierras de mi heredad esté tan firme metido,
y que el Cid no lo agradezca sino al Señor Jesucristo!
Aquel Rey de Marruecos sus fuerzas ha reunido:
cincuenta mil hombres de armas, valientes son y aguerridos.
Pusiéronse a navegar, en las barcas se han subido.
Van a buscar en Valencia a nuestro Cid don Rodrigo.
Cuando llegaron las naves todos fuera se han salido.
Llegaron, pues, a Valencia, que del Cid es la conquista;
plantaron allí sus, tiendas esas gentes descreídas.
Estas noticias al Cid pronto le fueron venidas.
—¡Demos gracias al Señor, nuestro Padre Espiritual!
Todo el bien que tengo yo, todo aquí delante está.
Con ajan gané Valencia; la tengo por heredad.
A menos que a mí me maten, no la puedo yo dejar.

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

A Dios y a Santa María gracias yo les quiero dar
que a mi mujer y a mis hijas las pueda tener acá.
Aquí me viene mi gozo de tierras de allende el mar.
He de vestir ya las armas, que no lo puedo dejar.
Mis hijas y mi mujer, ellas me verán luchar;
en tierras que son ajenas, verán cómo hay que morar.
Harto verán con sus ojos cómo aquí se gana el pan.
Con su mujer y sus hijas arriba al alcázar va.
Miraban por lo más lejos; las tiendas vieron plantar.
—¿Qué es esto, Cid, que aquí veo? ¡Que Dios os salve de mal!
—Por esto, mujer honrada, no tengáis ningún pesar;
Riqueza es que se nos viene, maravillosa y sin par.
Vos vinisteis hace poco, y un presente os quieren dar.
Hemos de casar las hijas, y os traen así el ajuar.
—A vos esto os agradezco, y a Dios, Padre Espiritual.
—En esta sala, mujer, del alcázar vos quedad.
No tengáis miedo ninguno porque me veáis luchar,
que Dios y Santa María aquí favor me darán.
El corazón se me crece porque vos delante estáis.
Con Dios en este combate la victoria he de alcanzar.
Plantadas están las tiendas, y al despuntar el albor,
las gentes moras con prisas tocaron el atambor.
Alégrase el Cid, y dice —¡Qué buen día es el de hoy!
Miedo tiene su mujer, que le rompe el corazón;
las dueñas y las dos hijas temen en gran confusión.
Desde el día que nacieran, nunca oyeron tal tremor.
Cogiase de la barba el buen Cid Campeador:
—No tengáis miedo ninguno, todo está a nuestro favor.
No han de pasar quince días, si esto quiere el Creador,
[que les podremos ganar} aquel y el otro atambor.
Delante vos los pondrán, y veréis bien cómo son.
Del obispo don Jerónimo serán un muy rico don,
que colgará ante la Virgen, Madre de Nuestro Señor.
Esta promesa les hizo nuestro Cid Campeador.
Ya están alegres las dueñas; perdiendo van el pavor.
Los jinetes de Marruecos ya cabalgan con vigor;
por las huertas hasta dentro entran sin sentir temor.
92 Cuando el vigía los vio, se puso a tañer la esquila.
Prestas están las mesnadas de las gentes de Ruy Díaz.
De corazón se preparan, y se salen de la villa.
Donde encuentran a los moros, acometen a porfía;
sácanlos de aquellas huertas dándoles fiera corrida.
Más de quinientos mataron en la lucha de aquel día.
93 Hasta cerca de las tiendas los persiguen sin parar.
Mucho habían ellos hecho, y entonces la vuelta dan;
y el buen Alvar Salvadórez preso de ellos quedó allá.
Vueltos son a nuestro Cid los que comían su pan.
El Cid lo vio con sus ojos, y cuéntanselo además.
Alegre se queda el Cid por lo que hicieran allá:
—Oídme, mis caballeros, esto aquí no quedará.
Hoy ha sido un día bueno; mejor mañana será.
Antes de apuntar el día, armados todos estad.
El obispo don Jerónimo la absolución nos dará.

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

Nos ha de decir la misa, y en seguida, a cabalgar;
a acometer los iremos; [haced, esto, y nada más.]
El Dios Creador y su Apóstol, ellos aquí nos valdrán;
vale más que los venzamos, que ellos nos tomen el pan.
Entonces dijeron todos: —De amor y de voluntad.
Habló el Minaya Alvar Fáñez; no quiso quedarse atrás:
—Pues si vos, Cid, queréis eso mandadme como queráis:
ciento treinta caballeros dadme a mí para luchar;
cuando vos deis la batalla, por la otra parte he de entrar.
1667 - 1696 A vos o a mí, o a los dos el Señor ayudará.
Nuestro Cid entonces dijo: —De muy buena voluntad.
El día tuvo su fin, y la noche ya es entrada.
No tardan en prepararse aquellas gentes cristianas.
Cuando el rezo de oraciones, a filo de madrugada,
el obispo don Jerónimo la Santa Misa cantaba,
y al acabarla allí a todos gran absolución les daba:
—Quien de vosotros muriere combatiendo cara a cara,
yo le absuelvo sus pecados y Dios le acogerá el alma.
Por vos el Cid don Rodrigo, con tan bien ceñida espada,
yo por vos canté la misa que celebré esta mañana,
una gracia os pido, Cid, que por vos me sea dada:
dejad que salga el primero a comenzar la batalla.
Le dijo el Campeador: —Mando aquí daros la gracia.
Y por las Torres de Cuarte sálense todos armados,
Nuestro Cid a sus vasallos ¡qué bien los está aconsejando!
Quédanse junto a las puertas hombres muy bien preparados.
Monta el Cid Campeador en Babieca su caballo;
con todas las guarniciones allí lo han enjaezado.
¡A banderas desplegadas salen de Valencia al campo!
Son cuatro mil menos treinta y en cabeza el Cid mandando.
A los cincuenta mil moros van a combatir ufanos.
Minaya junto a Alvar Alvarez éntanles del otro cabo.
Quísolo el Creador, y a los moros derrotaron.
El Cid empleó la lanza, y a la espada metió mano;
mata a tantos de los moros, que no pudieron contarlos.
Sangre mora reluciendo le resbala codo abajo.
A Yúsuf, que es el rey moro, tres veces lo ha golpeado;
de su espada se escapó por correr en buen caballo.
Dentro en Cullera metiósele, un castillo bien ornado.
Nuestro Cid el de Vivar hasta allí llegó acosándolo
y con él corriendo van algunos buenos vasallos.
Al llegar allí se vuelve nuestro Cid, el bienhadado.
¡Qué alegre que se sentía por la caza que han logrado!
Allí supo lo que vale Babieca, un tan buen caballo.
En su mano esta ganancia toda ella se ha quedado.
De los cincuenta mil moros, allí sus cuentas echaron
que no más de ciento cuatro con vida escapar lograron.
Los mesnaderos del Cid en el campo a saco entraron;
entre el oro y plata juntos encontraron tres mil marcos,
y de las otras ganancias no podían ni contarlos,
Alegre estaba allí el Cid, como todos sus vasallos,
que Dios les hizo favor, y vencieron en el campo.
Cuando al Rey de Marruecos de este modo derrotaron,

Cantar de Mío Cid. Siglo XIII .Batallas.

dejó que el Minaya Fáñez contase allí lo ganado,
y el Cid y cien caballeros por Valencia se han entrado.
Cofia fruncida en la cara, pues el yelmo se ha quitado,
así entró sobre Babieca, y con la espada en la mano.
Recibíanlo las dueñas que lo estaban esperando.
El Cid se detuvo ante ellas; la rienda cogió al caballo:
—Ante vos me inclino, dueñas; gran renombre habéis ganado.
Mientras guardabais Valencia, he vencido yo en el campo.
Esto así Dios se lo quiso, y con Él todos los Santos,
que por vos haber venido tal ganancia nos ha dado.
Mirad la espada sangrienta, y sudoroso el caballo.
Esta es la manera como se vence al moro en el campo.
[...]